



LECCIÓN 217 ~ Sexto Repaso
[197] No puede ser sino mi propia gratitud la que me gano.

Comentario de Sarah:

Jesús dice que la manera de conocer el amor que somos es sanando todo lo que se interpone en nuestra mente. Entonces el amor que hay en nosotros se extiende y fluye a través nuestro, ya que nos convertimos en un vehículo para el Espíritu Santo. Es un amor sin condiciones de ningún tipo. No es un amor que se da de forma errática, ni se basa en el regateo y la reciprocidad, donde somos felices cuando se satisfacen nuestras necesidades e infelices cuando no. El verdadero amor nunca se convierte en odio. El amor es lo que somos. Está en nosotros y no depende de nada externo a nosotros. El amor es libertad, lo cual es un pensamiento aterrador para el ego, porque para el ego, el amor tiene que ver con el control, el regateo y el dar para obtener. Este tipo de "amor" es el núcleo de la relación especial. En las relaciones especiales, si no recibimos la gratitud y la reciprocidad que creemos merecer por nuestros "regalos" de dar, nos enfadamos y nos amargamos y retiramos nuestro "amor".

La curación consiste en despejar los obstáculos de la conciencia del amor para que podamos llegar a conocer la verdad de lo que somos. Esto se consigue cuando el mundo se ve como un aula de aprendizaje utilizada con el propósito de sanar. Aceptamos la Expiación para nosotros mismos, que es la corrección de la culpa proyectada por el ego. Entregamos voluntariamente al Espíritu Santo todo lo que se interpone en el camino de la luz y el amor que somos. Cuando llegamos a reconocer cómo el ego preparó todo esto, ya no necesitamos seguir su agenda. Su objetivo es mantenernos sin mente para que no sepamos que tenemos otra opción. El ego nos ha convencido de que la salvación pasa por el ataque, porque nuestro aparente ataque a Dios es la forma en que el ego se estableció en primer lugar. En nuestras relaciones especiales, promulgamos esta misma idea de ganar a costa de alguien. Damos para obtener. Jesús expone la naturaleza de este tipo de entrega para que podamos hacer otra elección.

El perdón es un regalo que nos hacemos a nosotros mismos. Nos hemos aprisionado con nuestros ataques. Pero no se trata de perdonar los errores percibidos en otra persona, sino de asumir la responsabilidad de nuestras expectativas sobre los demás. Se trata de ver los sutiles ganchos de nuestra entrega, que deben ser liberados si queremos recibir de verdad. Cuando vemos lo que el ego está tramando, en lugar de juzgarnos a nosotros mismos, ahora llevamos nuestra conciencia a los pensamientos egoicos sin culpa. Con voluntad, honestidad y coraje, miramos nuestros juicios, nuestra ira, nuestra preocupación, nuestra tristeza, nuestras fantasías sobre lo que creemos que queremos o necesitamos, nuestros autoconceptos y nuestras creencias. Al ver lo que antes estaba oculto a nuestra conciencia, lo llevamos todo al Espíritu Santo. Lo que se interponía en el camino del amor se libera ahora silenciosamente de vuelta a la nada de la que provino.

Nuestra voluntad aumenta cuando nos damos cuenta de que alinearnos con el ego nunca nos hará felices. Ahora podemos elegir responsabilizarnos de las partes no sanadas de nuestra mente que a menudo se desencadenan en nuestras relaciones especiales. Así, nuestras relaciones son más útiles cuando se utilizan con el propósito de sanar nuestra propia mente. Al acudir sistemáticamente al poder sanador del Espíritu Santo dentro de nuestra propia mente recta, en lugar de escuchar la voz del ego en la mente errada, llegamos a una paz más consistente en nuestras vidas.

Cada regalo que damos nos es dado a nosotros mismos, así como cada ataque que hacemos nos es hecho a nosotros mismos. En la lección 197, Jesús habló de cómo exigimos gratitud a los demás por los regalos que damos. Si no recibimos lo que queremos, retiramos el regalo. Sin embargo, cuando se da una bendición de verdad, no sólo se recibe inmediatamente dentro del dador, sino que también se recibe en la mente de nuestro hermano, aunque no se reconozca inmediatamente. No sólo eso, sino que Dios mismo acepta los regalos que damos. Sólo hay una mente y es la Mente de Dios, donde ya estamos en verdad. Sin importar la forma del regalo, cuando el contenido es amor, afirmamos que lo tenemos en nosotros mismos, mientras lo damos.

Cualquier cosa que demos, donde queramos algo a cambio, no es un regalo. Como leemos en esta reseña, **“¿Quién debe dar gracias por mi salvación sino yo mismo? ¿Y cómo sino a través de la salvación puedo encontrar el Ser a Quien debo estarle agradecido?”** (L.217.1.2-3) Al dar recibimos, y en última instancia, lo que recibimos son los dones de la dicha, la paz, la inocencia y el amor. Por eso podemos ser agradecidos, porque entonces con el verdadero dar tenemos una experiencia del Ser Crístico que somos. Al extender el amor (el perdón) a nuestros hermanos, recibimos una bendición para nosotros. No estamos sujetos a los dictados del ego que exige lo que le corresponde por los "regalos" dados. Para el ego todo es reciprocidad. Quiere ganar. Para el ego, dar parece una pérdida. Cuando nos identificamos con el ego, vemos nuestros intereses como algo separado de los intereses de los demás y en competencia con todos.

Cualquier cosa que hagamos en el mundo para "ser amables" con alguien es sólo un aspecto condicional del amor mundano con el ego como guía. Tener un día que se siente bien es sólo un truco del ego para mantenernos creyendo que lo que sucede en el día es la fuente de nuestra felicidad. Si creemos que hay una manera "buena" y otra "mala" de estar, estamos atrapados en el mundo de la forma. Nuestra función es darnos cuenta de quiénes somos como seres ilimitados. La mente es la causa y el mundo es el efecto de nuestros pensamientos. Podemos experimentar nuestro Ser ilimitado cuando salimos de la matriz por encima del campo de batalla, nos dirigimos al Espíritu Santo y nos dejamos guiar.

Se siente insultante e incluso amenazante para la identidad del ego que se le diga que renuncie al control y se rinda a la Voluntad de Dios. La rendición puede parecer que estamos perdiendo algo y, de hecho, así es. Pero lo que estamos perdiendo es el tirano que actualmente dirige nuestras vidas. Es sobre todo una liberación momento a momento. Por ejemplo, si me siento impaciente, puedo elegir hacerme a un lado en ese momento y observar mis sentimientos en lugar de actuar sobre ellos. Cuando experimento un ataque y quiero tomar represalias, puedo hacer una pausa y pedir guía, en lugar de reaccionar inmediatamente. Cuando quiero expresar una opinión, puedo dar un paso atrás y quedarme quieto. Mis opiniones provienen de mis creencias, y tomo posiciones basadas en información limitada. Cuando aparece la ira, puedo recordar que nunca está justificada, y puedo pedir un milagro. Esta rendición momento a momento requiere un nivel de entrenamiento mental y disciplina que no necesariamente se nos da bien, pero con la práctica, mejoraremos hasta que el ego deje de dominar nuestras vidas.

Leemos en el Capítulo 18 IV del Texto (ACIM OE T.18.V), **“La pequeña dosis de buena voluntad”**, sobre la importancia de la determinación para aceptar nuestra santidad. Tratar de hacernos santos es contraproducente. No es nuestro trabajo expiar primero, limpiar nuestra mente o tratar de hacernos puros. La cuestión es que somos nosotros los que queremos tener el control, y por eso ponemos al ego a cargo de nuestra curación. Pero Jesús nos recuerda que la purificación es de Dios, no es algo que debemos emprender nosotros. Todo lo que se requiere de nosotros es voluntad y disposición. **“Yo que soy anfitrión de Dios, soy digno de Él. Aquel que estableció Su morada en mí la creó como Él quiso que fuese. No es necesario que yo la prepare para Él, sino tan sólo que no interfiera en Su plan para reinstaurar en mí la conciencia de que estoy listo, estado éste que es eterno. No tengo que añadir nada a Su plan. Mas para aceptarlo, tengo que estar dispuesto a no substituirlo por el mío.”** (T.18.IV.5.9-13) (ACIM OE T.18.V.37)

La realidad es que este personaje, la falsa identidad, no tiene ni idea de cómo amar ni de cómo ser útil. El ego siempre está dispuesto a recibir, en lugar de dar. Mi responsabilidad es utilizar cada evento, circunstancia y situación de mi vida para sanar mi mente, no para decidir cómo arreglarme. No es mi trabajo asegurar que alguien se quede o se vaya en mi vida. No es mi trabajo cambiar el mundo. No me corresponde hacer feliz a nadie. No es mi trabajo ser un complaciente de la gente para caer bien. Mi trabajo consiste únicamente en cambiar de mentalidad sobre mí mismo y sobre el mundo. Sólo así puedo convertirme en un canal claro para Su Amor. La guía llega con claridad cuando las interferencias del ego están fuera del camino. Entonces somos capaces de escuchar las indicaciones sobre dónde ir, qué decir y a quién, y qué hacer.

El amor es el camino de la gratitud. Para saber lo que significa realmente dar, tenemos que estar constantemente dispuestos a soltar los pensamientos de ataque. Soltar los pensamientos de ataque abre la puerta a quien soy como el Ser Crístico. Al corregir el error en mi mente, experimento el instante santo. Al tratar de averiguar cómo ser amoroso o bueno con los demás, estoy trabajando en el nivel de la forma y no en la sanación de la mente. Ser amable, generoso y cariñoso en mis términos tiene que ver con el amor condicional, porque estoy determinando cómo podría ser eso en la forma. Tenemos que salir de nuestro propio camino. Cuando nuestros propios pensamientos de auto ataque son sanados, todos son bendecidos.

Chuck Spezzano, con Psicología de la Visión, hace trabajos de sanación basados en Un Curso de Milagros. Recientemente escribió sobre una curación que demuestra la importancia de abandonar nuestros pensamientos y creencias de auto ataque para que todos puedan recibir la bendición que nosotros recibimos. Él escribe:

"Él estaba lleno de autoagresión porque, aunque a él mismo le iba muy bien en el trabajo, su hijo fracasaba en todo lo que intentaba. Sólo recientemente su hijo había conseguido un trabajo normal, aunque mal pagado. Su padre sentía que estaba rindiendo poco. Su padre había descubierto que, durante el matrimonio con su primera esposa, ella había tenido una aventura con uno de sus socios comerciales. Eso lo había devastado. Cuando se divorció, su hijo quedó devastado. Mientras que él y su mujer se volvieron a casar felizmente con diferentes parejas, su hijo nunca se recuperó del todo. Aunque este hombre tenía un gran éxito y era admirado por sus socios, se sentía fracasado por dentro a causa de su hijo. Como ahora estaba felizmente casado, le había sido bastante fácil perdonar a su exmujer después del suceso, pero nunca se había perdonado a sí mismo. Se empeñaba en sentirse culpable y en castigarse por ello. Finalmente, compartí con él un principio que aprendí de Un Curso de Milagros: el ataque no es diferenciado. Puedes pensar que sólo estás atacando a la persona a la que atacas, pero en realidad, estás atacando a todo el mundo. O como digo, el ataque no es

una pistola que dispara al que apuntas, en este caso, a él mismo. El ataque es una ametralladora que dispara a la multitud, incluidos los que más quieres. Cuando la gente se da cuenta de esto, es la motivación necesaria para que abandone el ataque y lo sustituya por la bendición.

Durante el taller de negocios, le demostré al director general cuánto estrés se estaba añadiendo a sí mismo con su auto ataque. Le mostré cómo el auto ataque, debido a su magnitud, estaba generando un círculo vicioso de culpa, auto ataque y estrés en su vida. Sólo cuando le mostré que como el auto ataque no era diferenciado, ahora estaba atacando a su esposa, a su hijo, a su ex-esposa, a todos sus amigos y a sus compañeros de trabajo cuando se atacaba a sí mismo, fue cuando finalmente se motivó para dejarlo todo. También se motivó a dejar ir su culpa cuando pude mostrarle que la culpa que cargaba era igual y estaba conectada a la culpa que cargaban su hijo y su ex-esposa. Le mostré que si elegía bendecirse a sí mismo sería capaz de bendecir a su ex-esposa, a su esposa actual y a su hijo también. Preparé un sencillo paseo de sanación en el que, al principio, abrazó a alguien que representaba su autoagresión para poder integrar toda esta energía de forma positiva. Cuando lo hizo y por fin pudo aceptarse a sí mismo, soltó el grito más desgarrador que hizo llorar a la mayoría de los participantes del taller de negocios. No paraba de llorar: "No sabía... no sabía...". No se había dado cuenta de que estaba atacando a su hijo cuando se atacaba a sí mismo. No se había dado cuenta que la culpa que cargaba mantenía a su hijo y a su ex-esposa en la culpa también. Por fin estaba dispuesto a aceptar el don sanador de la bendición: desear lo mejor para el otro en lugar de su autoagresión. Entonces pudo fácilmente bendecirse a sí mismo y compartir este don de bendición con su hijo, su esposa y su ex-esposa".

Vemos en este ejemplo cómo la curación de la mente es algo que podemos hacer, y cuando lo hacemos, es un regalo para todos. Abrirnos a la curación nos da la oportunidad de ser una demostración de amor y salvación para todos y recibir el agradecimiento del Cielo.

“Qué es el Cielo, sino un himno de gratitud, de amor y de alabanza que todo lo creado le canta a la Fuente de su creación?” (T.26.IV.3.5) (ACIM OE T.26.V.27) “Pues Él quiere ofrecerte las gracias que tú le das, puesto que acepta tus regalos llenos de amorosa gratitud y te los devuelve multiplicados miles y cientos de miles de veces más.” (L.123.6.3)

“Que la gratitud hacia nuestro Maestro invada nuestros corazones, pues somos libres de elegir nuestro júbilo en vez de dolor, nuestra santidad en vez de pecado, la paz de Dios en vez de conflicto y la luz del Cielo en lugar de las tinieblas del mundo.” (L.190.11.2)

“Dale las gracias a cada parte de ti a la que hayas enseñado a que te recuerde.” (T.13.VII.17.8) (ACIM OE T.12.VII.76) A medida que traemos voluntariamente conciencia a las barreras que mantenemos contra el amor que somos, comenzamos a despertar a nuestra realidad. El perdón es el medio que se nos da para sanar nuestros auto ataques. A través del perdón, el ego se disuelve. Ponemos nuestros pensamientos de autoagresión y nuestros juicios en el altar interior donde son sanados. En el instante santo, hay un momento de reconocimiento de la verdad de nosotros mismos, y nos abruma la gratitud de que lo que hemos hecho de nosotros no es la verdad. Estoy embargada de lágrimas de alegría y de un corazón agradecido. El amor siempre supera al odio.

Amor y bendiciones, Sarah
huemmert@shaw.ca

